

Y volvió á llorar Doña Marianita.

Al volver á su casa no quiso decir dónde estaba Ernesto. Tenía la esperanza de que aquel incidente pasaría desapercibido.



## CAPÍTULO X.

Ernesto, Rebeca, el León y la Leona.

**P**OBRE Ernesto! ¡Qué desgraciado era! Todos lo decían á una voz y convenían en ello; sólo que la generalidad de las gentes se figuran que la desgracia es ciega como la muerte, es una furia infernal que no elije sus víctimas y reparte tajos y mandobles sin ton ni son.

Pero á nosotros se nos antoja que todo, en esta vida, tiene su razón de ser, y que de la mayor parte de los males que nos aquejan nosotros mismos tenemos la culpa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1921 MONTERREY, N.M.

Lo que le sucedía, pues, á Ernesto es exactamente lo que le sucederá á cualquiera que de los mismos pasos.

Ya hemos dicho que el origen de todos los males de Ernesto fué el amor.

¿Y qué hacer entonces? dirá el lector; el amor es un sentimiento universal, nadie puede librarse de él; todos somos heridos por él á nuestro turno. ¿Qué culpa tiene el joven de sentirse enamorado, de decirlo, de lograr que se lo digan, de ser amado, y de ceder en seguida á esa ley, también universal de la sexual coyunda, de la unión legal, legitimada en regla y elevada además á la categoría de sacramento. ¿No es acaso la misión de la especie humana sobre la tierra, crecer y multiplicarse?

Ya hemos dicho también que el creced y multiplicaos, obedecido literal-

mente, es para las bestias de los desiertos, mientras que el sagrado mandato interpretado racionalmente es para los seres racionales. Más todavía; el mismo precepto, que si es sagrado debe ser justo, no envuelve punición cuando fuere retardado, aplazado, diferido ó no verificado, por un individuo que pertenece á las sociedades donde las graves cuestiones, no resueltas todavía, del proletariado y el pauperismo, ponen al hombre en la alternativa de desobedecerlo ó hacerse y hacer á muchos seres desgraciados.

El amor, á pesar de su culto universal desde antes de la aparición de Psyquis sobre la tierra hasta hoy, tiene, como todo en este mundo, su lado flaco; y, no obstante, hacer feliz á media humanidad á ojos vistos, hace desgraciada á la otra media.

En México, el primer perjuicio que

nos causa es hacer mariditos. Qué lo diga Ernesto. Y cuenta con que éstos son por lo menos la mitad de los que existen. Quiere decir que la estadística rezará después de la publicación de este libro la mitad maridos y la otra mitad mariditos.

Otro de los perjuicios gordos que nos hace el diablo del muchacho ciego, es volver amorosos, demasiado amorosos á los viejos.

Pero no hablemos de eso porque necesitaríamos escribir otro libro.

Concretémonos, pues, á los mariditos. Ya hemos visto como todos nuestros personajes, progenie toda de mariditos, son más ó menos desgraciados por la misma causa. Quiere decir, por haber ido los mariditos más á prisa en amor que en recursos haciendo precisamente todo lo contrario de lo que hicieron los griegos, los

romanos y todos los pueblos guerreros de la antigüedad, y de lo que hace todavía la juventud germana y anglosajona, juventud á todas luces más feliz que la de nuestro Distrito federal.

Un joven romano del tiempo de Numa Pompilio, llegaba sobrio, casto y sano á la adolescencia, pesando cien libras más que cualquier maridito, y con la fuerza muscular de cuatro de ellos juntos. A esa hora (un poco tarde como se ve) si el diablo del amor e trastornaba los cascos podía casarse; pero á condición de seguir siendo esclavos de su padre, él, su mujer y sus hijos, hasta emanciparse con el producto de su trabajo.

Manumitido era libre y se pertenecía á si mismo. Los hijos de este atleta, no eran por supuesto pollos, lagartijos, ni mariditos, ni salían precoces en amor ni en vicios, y así los esparta-

nos llegaron á ser para el mundo modelos de soldados, de patriotas, de ciudadanos y de padres de familia, ya hemos visto como se hace entre nosotros un maridito. Veamos sin embargo, como se prepara para serlo, y al efecto, fijémonos en Pepito el hijo de Doña Lugar-dita López, que ya tenía novia; pero que no había podido conseguir un destino.

Pepe, había entrado tarde á la escuela para comenzar su educación, por que sus enfermedades no le habían permitido hacerlo antes, pues era un niño muy delicado, según decía Doña Lugar-dita. Todito á su papá.

Entró por fin en una escuela nacional. En su carácter de niño delicado, era huraño, corto, tímido y cobarde. En las primeras letras no tuvo dificultad, y fué un alumno mediano, pero al fin del año escolar, fueron los premios,

y Pepito tuvo el honor de recibir de manos del mismo Presidente de la República en medio de una fiesta grandiosa y solemne, un diploma y un libro que le hicieron creer firmemente que tenía vocación de sabio.

Tres años se repitió esto, y Pepito no se creía tan tirado á la calle, y empezó á cambiar de carácter. Hé aquí porqué resortes, en primer lugar, había sido premiado con los honores del apoteosis; en segundo lugar, estaba cambiando de voz y hablaba gordo algunas cosas; luego ya tenía amigos más grandes que él y que le habían enseñado á decir desvergüenzas, y tenía su vocabulario apécial de carretero que empleaba y esplicaba invariablemente en la intimidad de sus amigos, los más grandes que él. Esto lo hacía creerse muy hombre, como el decía, así como los premios le hacían creerse muy ade-

lantado, aunque en realidad no sabía nada.

De los 365 de cada año había que rebajar las fiestas nacionales; las fiestas religiosas, los días de cumpleaños de cada una de las personas de su familia, y del maestro, los catarros, las anginas y las indigestiones, los días de comprar zapatos, los exámenes, la preparación de los exámenes, las composuras de la escuela, las vacaciones chicas y las vacaciones grandes; y el año venía á reducirse á menos de cien días. Mientras se trató de leer y escribir, la cuestión no era muy árdua, pero cuando el maestro empezó á darle nociones de cosmografía, le pareció aquéllo tan raro y tan incomprensible, que no ha llegado á explicarse todavía, aunque repite de memoria lo que recuerda, como es que la tierra es redonda y no nos caemos, y como camina y rueda

por el espacio sin que nos lleve el diablo. Allá para su conciencia íntima, aunque, no lo confiesa, crée que todas esas cosas son teorías de los sabios y de los libros y nada más.

En cambio Pepito fuma, y la pobre de su mamá le da para comprar cigarrros por tal de que no fume escondidas; y cuando Pepito está rodeado de muchas personas, se complace en sacar de la bolsa un grueso rollo de cigarros ordinarios, y recorre la sala ofreciendo uno, á niñas, señoras grandes y á personas de respeto, sin excepción, y queda muy satisfecho cuando rehusan diciendo —Gracias están muy gordos.

Entonces, él, toma uno de aquellos gordos, lo descabeza y lo prepara, se lo pone en la boca, saca de otra bolsa un estuche, lo abre, saca una larga boquilla de ambar y espuma, la adapta

al cigarro, cierra el estuche y lo guarda, sacando en cambio una gran caja de cerillas de lujo, enciende uno, lo aplica á su cigarro, á una cuarta de su cara, arroja humo y guarda la caja.

Crée que todo esto le da mucha importancia, y sobre todo, unos diez años más. Tiene también adelantado que el cognac y el tequila ya no le raspan tanto la garganta como antes.

Cuando pasó á la Escuela Preparatoria, ya llevaba muchas cosas adelantadas, para que los estudios superiores fueran realmente superiores á sus fuerzas; sabía pintar venados, jugar al billar y beber copas. Además el amor se había apoderado de él, ya conocía á Jesusita ya era su novia, y tanto, que el pobre no pensaba en otra cosa, precisamente en momentos en que tenía que pensar en muchas cosas y difíciles.

El mayor placer para Pepito, era es-

tar solo, porque así pensaba libremente en Chucha, y para entregarse á sus ensueños aróticos, no había cosa más propicia para él, que un libro, porque teniéndolo delante de la cara, era como si se escondiera tras él.

A los dos años de Preparatoria, Pepito, contrajo una enfermedad vergonzosa, que le duró seis meses, al cabo de los cuales, le dijo á su mamá, que no quería seguir los estudios, (y hacía bien), y que quería mejor un destino en lo cual andaba tan bien acertado porque para los destinos no se necesita ser sabio, y como además había quedado enteramente bueno, como decía el médico, ya podía meterse á trabajar, como él decía, y á otras cosas.

Entónces, fué cuando la pobre de Doña Lugardita empezó á correr de ceca en meca buscando el tal destino.

He aquí la manera de preparar un

padre de familia, no de los de la historia antigua, sino de la novísima y fresqucita.

Hé aquí, como se forma de generación en generación la casta de los mariditos, cuya prole raquítica, aunque quede enteramente bueno el progenitor, como Pepito, llena los orfanatorios, las escuelas de corrijendos y las calles de muchachos malogrados y sin porvenir.

En cambio el león, está muy tranquilo y ha ganado veinte libras de peso, y se han borrado de su piel completamente las huellas de los dientes de Leónidas, y lejos, muy lejos de esa vieja bestia, tiene ya su leona y sus cachorros.

Viven los cuatro en lo profundo de una grieta que una conmoción geológica hizo en lo más escarpado de una montaña.

Cuando se estaba casando Ernesto, el león había visto en el barómetro de su instinto la tempestad cercana, y había anticipado su regreso á la alcoba nupcial, donde dormitaba su leona amamentando á sus hijos.

Al llegar el león encontró que la leona le esperaba, porque tenía la cabeza levantada.

Lo había sentido, como siente siempre la esposa al esposo.

Se le acercó casi hasta tocarle el hocico, y se produjo un cambio de pequeños gruñidos, que en el lenguaje de los leones deben ser flores. Buscó en seguida á los cachorros, que por un movimiento de la leona sacaron la cabeza y se dejaron lamer por su papá.

El león se hechó en seguida delante de la leona, como para resguardarla con su cuerpo.

Corría ya un viento frío y húmedo

que, barriendo las hojas secas sobre las peñaslizas, producía un rumor agudo, mientras que en lo alto mecía las copas de los arboles, doblandolas y produciendo otro rumor sordo, prolongado é imponente, que se genralizaba en toda la comarca.

Algunas hojas revoloteaban en el aire antes de volver á caer y así llegaban algunas hasta el interior de la cueva de los leones.

Las espigas de las altas gramineas se doblaban hasta tocar el suelo, mientras que al NE. frente de la cueva, en un horizonte plomizo, cerrado y opaco, brillaban á intervalos líneas de relámpagos azulosos y violados.

Fragores lejanos y ecos repercutidos formaban el ruido de mil trenes en movimiento, y arriba de aquel cuadro casi sobre los leones, ascendían como enormes pedazos de cielo, nubes ne-

grísimas que, como cortinas gigantes, se desgarraban y se unían, produciendo formidables y desencadenadas descargas eléctricas, que sin cesar bajaban á tronchar, á hendir y á derribar los gigantescos robles de la selva.

El león tenía la mirada fija en aquel drama de la naturaleza, y parpadeaba á su pesar á cada rayo, mientras la leona parecía reducir su volumen procurando cubrir á sus hijuelos.

Aspiraban los leones en aquella cueva ese olór peculiar de la tierra que acaba de mojarse; olor oxigenado que se encarga de comunicar al reino animal el placer de vivir, olor que se aspira con deleite como una verdadera caricia de la amante naturaleza.

Ernesto contemplaba á la sazón el repugnante espectáculo de la cárcel; espiraba aquel insoportable olor de



carne humana mezclada con gases de aldeida, exudaciones, alcalí y sulfídrico; y pensando en su novia estaba devorado por los chinches y los remordimientos.



## CAPÍTULO XI.

Serio.

**H**ABLEMOS formalmente. Veo que la muchedumbre tuerce el gesto alleerme, que algunos centenas de Lugarditas y Marianitas Quijada, hacen un dengue al reconocerse en algunas de las anteriores líneas, y que muchos mariditos apartan su plato de mole de pecho para exclamar:

¡Qué señor tan raro! Vaya con el tal Facundo, que pretende arreglar las cosas á su modo; él tiene sus ideas y quiere imponérselas. ¡Mariditos! ¡Pues